

letras norteamericanas. Hay en él las lejanas resonancias de Walt Whitman. Los motivos de sus poemas se han elegido, en los más de los casos, siguiendo la manera del gran poeta. Esto quizás resalta en el poema premiado. Chicago es la vasta ciudad de hombros amplios, la gran constructora de herramientas, el colosal matadero del mundo, la que juega con los ferrocarriles y maneja todos los fletes de la nación. Se dirá de ella que es perversa, malhechora y brutal; pero cualesquiera que sean las tempestades que se agitan en su seno, bajo el humo y el viento y el polvo, Chicago sabe reír y ríe siempre. Desde los primeros acordes se siente la música de Whitman, la armonía mental, porque el ritmo de la palabra dentro de la cláusula es mucho menos evidente. Y hasta en esa forma de transcribir sus versos Sandburg no se aparta del autor de *Briznas de césped* (*Leaves of Grass*). Sólo que Whitman, por su intenso poder de simpatía, por su visión de lo universal a través de las cosas, fué gigantesco y humano. Sandburg es socialista. Esa es su limitación. Así un día ve las montañas y se asombra; ve el mar y calla; las estrellas, desde la pradera, y se llena de pensamiento; ve grandes hombres, soldados, obreros, madres, niños, y advierte una solemne vibración en todos ellos. Otro día ve a los pobres y les halla más pacientes que las montañas, que las estrellas, que las mareas, les ve innumerables y pacientes como la oscuridad de la noche, todos rotos; son los despojos, las ruinas humildes de las naciones.

Las escenas de la ciudad se sienten a trasluz de sus poemas: los rostros soñolientos en los trenes, las mejillas flácidas del cansancio, la precipitación en las estaciones y las calles a la hora de las comidas, los ruidos innumerables de las esquinas. El carretonero que se llevan preso piensa con melancolía, no en el hogar, no en la amante, no en los hijos, sino en el tumulto de las calles, el resonar de las ruedas y de los cascos de los caballos y de los arneses y en el silbar del pito del policía que rige el tráfico; a todo eso es a lo que debe decir adiós.

Su socialismo aparece por donde quiera; pero con una acentuación sugestiva más bien que provocativa. Algunas veces con terrible o con profunda ironía.

En *Ana Inroth* hay más bien sarcasmo:

Crúzale las manos sobre el pecho—así.  
Enderézale las piernas un poco—así.  
Y llama el carro para que la lleve a su casa.  
Llorará un poco su madre, y sus hermanas y sus hermanos.  
Todos los demás bajaron y están en salvo,  
y ésta es la única muchacha de la fábrica  
que no tuvo suerte al saltar cuando estalló el incendio.  
Es la mano de Dios, y la ausencia de escapes de incendio.

Leed *Clavos de plata*:

Un hombre fué crucificado. Vino a la ciudad como extranjero.  
Le acusaron, le crucificaron y él reía ante la multitud;  
«Sois miserables. En mi patria se crucifica con clavos de plata,  
éstos son de hierro». Y seguía mofándose.  
Al principio no le comprendieron. Luego hablaron de él  
en cantinas, iglesias y vestíbulos. Les vino la idea  
de que cada hombre es crucificado sólo una vez en su vida,  
y que la ley de la humanidad obliga a emplear para ello clavos  
[de plata.  
Erigieronle una estatua en una plaza pública.  
Y como ni siquiera habían conservado su nombre  
en ella le llamaron Juan Clavos-de-plata.

¿No es ésta la permanente crucifixión del hombre que trabaja hora tras hora por las pocas monedas de plata con que se le fija a las máquinas de la fábrica o al escritorio, mientras no tenga él tesoros bastantes para crucificar a los demás? Se hace más manifiesto su descontento social cuando delante de la estatua de bronce de un general expresa su anhelo de romperlo todo y arrojarlo al solar de los desperdicios, porque mientras los agricultores, los mineros, los tenderos, los fabricantes, los bom-

beros y conductores de carros, todos los cuales trabajan en la alimentación del pueblo, no tengan estatuas en ese mismo parque no deben tenerlas los que conducen el pueblo a los campos de la matanza.

Esperanzas de revolucionario se vislumbran en *Yo soy el pueblo*:

Yo soy el pueblo, la muchedumbre...  
Yo soy el auditorio que presencia la historia.  
De mí surgen los Napoleones y los Lincolns.  
Y mueren. Pero yo doy más Napoleones y más Lincolns.  
Yo soy la sementera.  
Terribles tempestades pasan por encima de mí y yo olvido. Me sacan lo mejor de mí y lo desperdician.  
Yo olvido. Todo, menos la muerte, viene a mí y me hace trabajar y entregarle cuanto tengo. Yo olvido.  
A veces me agito, rujo y esparzo algunas gotas de sangre para que la historia recuerde. Yo olvido.

Pero cuando yo, el pueblo, aprenda a recordar; cuando yo, el pueblo, aprenda a aplicar las lecciones del ayer y no olvide más a quien me robó el año anterior, ni al que ayer se mofó de mí, ¡oh! entonces nadie pronunciará con escarnio la palabra pueblo. La masa, la muchedumbre habrá llegado.

Ni falta el contraste lleno de gracia como en *Hijo de los romanos*:

El bronceado palero, sentado al borde de la línea férrea,  
come su fiambre de medio día.  
Un tren pasa y hombres y mujeres, sentados a las mesas,  
ornadas de rojas rosas y de juncos, comen sus asados  
cubiertos de salsas, sus fresas y cremas,  
sus pasteles y su café.  
Concluye el palero su fiambre de seco pan,  
se sirve un trago de agua que le brinda el muchacho aguador  
y vuelve a la segunda mitad de sus diez horas de trabajo diario  
para mantener el lecho de la vía férrea  
en forma que las rosas y los juncos  
apenas se muevan en los vasos de cristal  
que se alzan altivos y frágiles  
sobre las mesas de los carros comedores.

Ni la nota amenazante y sombría como en *La verja*:

Se ha concluido la casa de piedra, junto al lago,  
y los obreros comienzan la verja.  
Son los barrotes de hierro, con puntas de acero  
que pueden rasgar los cuerpos de los hombres  
que pasen por encima.  
Como verja es obra maestra que impedirá llegar  
a las muchedumbres, a los vagabundos y los hambrientos,  
a los niños ociosos que buscan un espacio para jugar.  
Por entre los barrotes de hierro y sobre las puntas de acero  
nadie podrá pasar,  
salvo la Muerte, y la Lluvia, y el Mañana.

La visión puramente poética, desprendida de sus intenciones tendenciosas no es frecuente en la poesía de Sandburg; pero en las ocasiones en que aparece dejan comprender la existencia de un sentimiento profundo. Hay delicadeza en esta aparición del barco perdido:

Desolado y solitario,—toda la noche sobre el lago—  
donde la niebla se arrastra y reptan la neblina—con la sirena el barco—  
clama y grita interminablemente  
como un niño perdido—en lágrimas y angustia—  
en busca del regazo de la bahía—y de los ojos de la playa.

En la poesía que titula *Los rascacielos* el tono general es de Whitman: durante el día los rascacielos tienen un alma, el perpetuo movimiento de los elevadores, las cartas a través de los tubos, los alambres por donde suben y bajan los secretos, las palabras de amor o de terror o de ganancias, por donde llega la luz. Allí se mueven estenógrafos, jefes, allí llegan las cartas de todo el mundo. Los rascacielos tienen un alma agitada durante el día. Cuando más tarde los pisos se vacían en las calles adyacentes, los corredores un instante solitarios van llenándose de voces extrañas, de lenguas distantes: son los que